



# EMMANUEL CARBALLO



DIFUSIÓN CULTURAL UNAM LITERATURA

## VIAJE A LA MEMORIA DE EMMANUEL CARBALLO

Gonzalo Valdés Medellín

A Huberto Bátis  
A Beatriz y Francisco

I  
La sinceridad a veces nos vuelve frágiles ante los demás. No obstante hay que asumir los riesgos. Hoy los asumo. Una verdad se impone y me afirma: escribo sobre un escritor que siempre ha defendido su verdad, aun cuando esta verdad le haya costado cara en más de una ocasión: Emmanuel Carballo.

II  
Carballo es uno de los más valiosos exponentes de su generación. Ha vivido de cerca los pasos más importantes de la literatura mexicana de la segunda

mitad de este siglo. "Muchacho robustamente ingenuo y abrumadoramente ávido" Carballo llega a la ciudad de México en 1953. Tenía 24 años y había hecho estudios de derecho en la ciudad de Guadalajara donde nació. Muy lejos estaba Emmanuel de imaginar que 37 años después sería galardonado con el Premio Jalisco.

Y desde entonces, la rebeldía de Emmanuel ya era patente; disentía de la política:

"El mayor de mis prejuicios en ese entonces estaba ligado con la política. Cada vez que escuchaba esa palabra, algo dentro de mí se ponía en guardia e instintivamente reaccionaba en forma violenta".

¿Cómo entender a un abogado sintiendo escozor ante la palabra política? La subversión signaba al joven Emmanuel Carballo: "Político y política despertaban en mí asociaciones emo-

tivas próximas al mundo de la delincuencia y el oportunismo. Toda persona que se respeta a sí misma, creía, está condenada a no oír el canto de esas sirenas inexactas".

Pero los rasgos subversivos no sólo eran externos, también internos críticos y autocríticos por principio de cuentas, ya que:

"Esta chata concepción del mundo sólo puede calificarse con un adjetivo, reaccionaria. El contexto político en que vivía no pudo, tampoco, modificar el prejuicio".

Y aunque posteriormente logró "modificar el prejuicio", Emmanuel se sintió, como él afirma, "preso en una trampa de la que evadirme resultaba difícil por no decir imposible". El desencanto como motor vital fue ampliando, puliendo, intensificando la visión crítica (y autocrítica de este escritor, enfocada primordialmente al

quehacer literario de su contexto político.

Se sumerge en la lectura ávida de los libros de la Generación Perdida. Lee y relee (aún hoy) a Faulkner, Hemingway, Fitzgerald. Se propone como meta desentrañar la literatura mexicana del siglo XIX y, cuenta, estudia compulsivamente a todos los autores que caen en sus manos. No nos podemos explicar nuestra existencia en tanto escritores si desconocemos a nuestros antecesores, si ignoramos nuestras raíces. Todas estas lecturas y sus reflexiones irían a parar a exhaustivos ensayos, pero mientras tanto, Carballo prefirió entregarse primero al conocimiento, que a la creación, afrenta estética que muy pocos aceptamos, sin ponernos a reparar en que el conocimiento es una de las bases más determinantes de la creación.

Así, desde que fue becario en el

Centro Mexicano de Escritores (1953-54) y posteriormente de El Colegio de México (1955-57, Emmanuel apostó como proyecto de vida por la sabiduría, mientras que muchos de sus contemporáneos confeccionaban sus trayectorias como burócratas o se prostituían en aras de sus cachondeos por la fama, para venderse luego, fácilmente, al mejor postor.

Emmanuel ganó. Persecutor de la inteligencia, se convirtió en un difusor constante y amoroso de la cultura y el arte. Resuelto su prejuicio para con la política, Carballo acepta en más de una ocasión el papel de funcionario, optando por protagonizar el más noble de los personajes, el del hombre lúcido y visionario que religa a las instituciones con los creadores.

Desde entonces, Emmanuel ha dejado testimonio de su perseverancia en el análisis y el diálogo; ha sido disiden-

te de cualquier sofisma que tienda a denigrar y/o manipular el arte literario; y ha abierto paso, a veces contra viento y marea, a los nuevos aires, a las nuevas voces, oponiéndose a la momificación (o farisaica canonización) de escritores que tuvieron una razón de ser en su momento, pero fueron sobrepasados por la historia, actitud que lleva a Emmanuel a valorar así a los miembros de su generación:

"...éramos pudibundos, cultivábamos la frase, escribíamos con el zipper subido hasta el cuello".

Sus expectativas, sus esperanzas están cifradas en las nuevas generaciones; ha vislumbrado talentos; ha defendido nuevos enfoques y puntos de vista, aun cuando en algunas ocasiones no esté del todo de acuerdo con ellos, en torno al quehacer escritural e, incluso, al político. Y ha discutido siendo fiel a sí mismo en toda circunstancia, lo

EMMANUEL CARBALLO  
Prosa: Fragmentos de *Ya nada es igual*.  
Memorias del autor.  
VVM-75  
(c) UNAM, 1992  
EMMANUEL CARBALLO  
Lado A: *Recuerdos de mi padre*.  
*Mamá, mi abuelo y la Revolución*.  
*Diversiones tapatías*.  
Lado B: *Entre guerras y enfermedades*.  
*Los Reyes, Michoacán. Yo sí cambié, y mucho*.  
Voz Viva de México  
DIFUSIÓN CULTURAL UNAM

cual le ha otorgado –al paso del tiempo– una estatura moral e intelectual de elocuencia manifiesta. Ello es muy importante y debe ser subrayado, pues pese a lo que digan y se obstinen en afirmar obcecadamente, bajo el amparo de la irreflexión, los arribistas y escaladores profesionales, la valía de un artista (sea cual fuere su campo de acción) se mide por su honestidad. Y la honestidad ha coronado la trayectoria de Emmanuel Carballo en el pavimento de la cultura nacional, yendo hacia sus entrañas mismas, y poniendo el dedo en la llaga, siempre para sanear. Calidad, búsqueda y verdad, tanto literaria como política y moral, elementos sin los cuales no puede hablarse de una auténtica literatura, ha exigido Emmanuel Carballo en tanto crítico; exigencias que le han valido ser satanizado. Así como Luis G. Basurto se proclamaba un bravo soldado del teatro, Carba-

llo no ha dejado dudas con respecto a su valentía como ejecutante de la crítica; sólo que él, al contrario de Basurto matiza su don de lucha (dejando de lado todo ímpetu belicista) llevándolos a un plano de partido de fútbol, de ahí su vigor deportivo y juvenil para encarar hasta estos días a sus detractores, coincidiendo con Octavio Paz en un punto: en México la crítica está prohibida por la autocensura y el miedo a decir la verdad.

Afirma Emmanuel:

“En este país donde la gente es muy amafiada, cobarde, poco honrada y chismosa, siempre he estado contra la zona; me levanto en las últimas. No me han derribado, pero tampoco he triunfado. Desde que tengo uso de razón he dicho no la verdad, sino mi verdad. He querido contribuir a que la gente piense por sí misma, que no sea dócil frente a una figura literaria, un partido político

o el Estado”.

Carballo y Paz vuelven a coincidir. En *Pequeña crónica de grandes días*, Paz asevera:

“Lo más importante es el temple crítico de la nueva literatura; crítica de la realidad nacional, crítica del Estado, crítica de la historia de México y crítica de sí misma”.

En el mismo libro, Paz habla de los escritores incómodos, inmediatamente después de confesar:

“...hoy me siento un poco distante a Reyes. Aunque me deleita como antes, siento que a su obra le falta tensión y rigor crítico, tanto en el sentido intelectual como en el moral. No fue un escritor incómodo como lo fue otro gran mexicano: José Vasconcelos. O como lo fue, ya en mi generación, el novelista José Revueltas. Ambos son escritores imperfectos, especialmente comparados con Reyes. No importa: en ellos sí

encuentro, a veces con intensidad dramática, pasión y crítica, frente a sí mismos y frente a nuestro país... En cuanto a mí no quise ser un escritor cómodo y, tal vez sin proponérmelo, he resultado a veces un escritor incómodo para mucha gente”.

Al igual que el autor de *Hombres en su siglo*, Carballo no sólo se identifica con Vasconcelos (quien por otra parte es uno de los escritores que más lo han marcado) y Revueltas, sino que –a la fecha– comulga con muchos de los postulados y actitudes que los definen de facto como escritores incómodos. Y del mismo modo en que Paz no ha querido (ni se lo propuso nunca, quepa decir, pese a las paradojas biográficas) ser un escritor cómodo, Emmanuel tampoco ha sido jamás un escritor de tal naturaleza (cómoda o acomodaticia); la suya es otra, la que entrelaza incisividad, reflexión, valor civil, luci-

dez... Características que han ubicado a Carballo en el mismo marco valorativo de nuestra historia que tiene en los nombres de Vasconcelos, Revueltas y Paz a sus grandes pensadores, a los perfectos protagonistas de su tiempo. En la obra de ellos, como en la de Carballo, late el corazón abierto de nuestra nación; mejor aún: de nuestra identidad histórica. Crítica que desploma y reedifica al mismo tiempo; espejo nítido del movimiento evolutivo de los tiempos.

III

Hoy Emmanuel Carballo ha emprendido el viaje hacia sus orígenes por medio de sus *Memorias* que se presentan ante todos nosotros robustecidas del esplendor que da la voz evocativa de su propio autor.

Son experiencias, anécdotas que emergen de una necesidad ontológica

por explicarse (y explicarnos) la razón (o razones) de un hombre en la tierra. En este caso, ese hombre se llama Emmanuel Carballo y estas *Memorias* constituyen unas de las páginas más bellas, emotivas y entrañables que he leído; un legado que el autor da –acaso precozmente, para no faltar a la costumbre que lo ha caracterizado– a las letras mexicanas de este siglo y a todas las generaciones que nos sucedan.

Escritor incómodo que, como él mismo ha dicho, siempre emprende el despegue para dejar atrás, al menos simbólicamente el subdesarrollo, Emmanuel Carballo es, en el horizonte de la literatura mexicana, una de las figuras capitales y, en el contexto de nuestro país, uno de los hombres más ilustres. Un maestro y uno de los intelectuales más combativos desde la oposición. Y su palabra es pasión crítica inexpugnable.

Fotografía: Rogelio Cuéllar  
Diseño: Hugo Álvarez Ravelo  
Cuidó la edición: Elva Macías

Coordinación de Difusión Cultural/  
Dirección de Literatura/Voz Viva.

Edición en casete de Emmanuel  
Carballo  
Voz Viva de México, UNAM, 1992.

DIFUSIÓN  
CULTURAL  
UNAM